

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

Mártires

14 de octubre de 2007

¿Qué decir ante la beatificación de 498 españoles, mártires por seguir a Jesucristo? Antes de otra afirmación, el acontecimiento en Roma el 28 de octubre, es «*un gran signo de esperanza*». Así lo interpreta la Conferencia Episcopal. Estos hombres y mujeres, la inmensa mayoría religiosos, son mártires de la violencia y de una guerra incivil y absurda. Sé que hubo otras víctimas, que nunca debieron morir. Toda vida segada violentamente es una ofensa al Creador, y merece un repulsa instantánea, pues todas las criaturas son amadas por Dios y por ellas ha entregado a su Hijo a la muerte, y una muerte de cruz. La muerte provocada por contiendas fratricidas es fruto del pecado y ha de ser siempre lamentada.

¿Por qué fueron muertos estos 498 católicos, entre los que hay que contar a algunos religiosos extranjeros? ¿Por qué los llamamos mártires? Lo que menos desea la Iglesia es politizar este acontecimiento. Por muchas razones; la primera porque esa es una salida miserable y mezquina. Otra razón fundamental radica en que quienes ahora van a ser beatificados no fueron asesinados por simpatizar con tal o cual ideología; tampoco lo fueron por batallar en este o aquel bando de nuestra guerra civil. Fueron asesinados únicamente por profesar la fe católica, por ser testigos de Cristo. Murieron perdonando a sus absurdos asesinos y su sangre se alza precisamente contra ese deseo cainita de considerar al adversario un enemigo a liquidar.

¿Qué tipo de adversario puede considerarse, por ejemplo, a Luis Gómez de Pablo, carmelita descalzo, nacido en Valladolid y martirizado en Toledo con 24 años, cuando todo lo que hizo fue prepararse para